

Dossier

Propuestas para una refundación de la prensa cubana

La cuestión de la prensa en Cuba es un tema que preocupa a muchos y sobre el cual la sociedad debate intensamente. Es un asunto de suma importancia porque la información resulta determinante para la consecución de la democracia en cualquier país. En nuestra realidad que, además, actualmente vive un proceso de reformas, se hace mucho más necesario ampliar e intensificar el quehacer de estos medios, así como ponerlos en función de institucionalizar una dinámica capaz de comprometerse con la información a la ciudadanía, con su formación y con la posibilidad de brindarle espacios que tengan el propósito de facilitar su participación en la esfera pública, la socialización de sus criterios y propuestas, y el alcance de consensos.

Por esta razón *Espacio Laical* ha convocado a un grupo de conocedores para que brinden sus opiniones sobre este importante asunto. Participan: el politólogo Esteban Morales, el Premio Nacional de Periodismo Luis Sexto, el investigador Jorge Gómez Barata, el periodista Justo Planas, el sociólogo Aurelio Alonso y el periodista y corresponsal de la BBC en Cuba, Fernando Ravensberg.

1-¿Qué elementos caracterizan a la prensa cubana? ¿Sobre qué criterios se sostienen estas características que usted ha descrito?

Esteban Morales. Mucho se ha escrito y dicho sobre la prensa cubana y hay coincidencia en que no refleja, o lo hace de manera insuficiente, los problemas y las preocupaciones de la población, y en que sus enfoques son generalmente apologéticos, acrílicos o insuficientemente críticos. Cuando critica, lo hace de manera evidentemente selectiva, dejando muchas cosas al margen, sin profundizar en las causas. Generalmente no aparecen en ella los verdaderos responsables de lo criticado, circunscribiéndose a aquellos funcionarios de menor rango. No se presenta la realidad en todo su carácter contradictorio. Se dicen muchas verdades a medias y se deja de informar sobre asuntos que interesan a los lectores y que de algún modo estos se enteran. Tiene muy poco o casi nada que ver con lo que el ciudadano común comenta diariamente. Porque no es de nuestra prensa de donde lo obtiene. Se oculta, elude o desperdicia mucha información y se excluye la inmediatez

La prensa cubana apenas intercambia con la sociedad, supuestamente le informa, pero sin escuchar el rebote de la información, y si ese rebote es crítico, mucho menos. Lo anterior es resultado de que los periodistas, obligados corrientemente a quedar bien con los que dirigen los medios, edulcoran demasiado la realidad interna, buscando dentro de ella solo lo positivo y lo que supuestamente no hiera la sensibilidad de quienes los dirigen. Tal parece que más que informar al público, su interés mayor es agrandar a aquellos que se afanan por presentar solo el rostro positivo del país.

La información internacional es incompleta y bastante parcializada. No se tratan los problemas existentes en aquellos países cuyos gobiernos son amigos de Cuba y solo se informan, y en ocasiones, se destacan y reiteran hasta el cansancio, los problemas existentes en los países cuyos gobiernos no lo son. En ese sentido, la prensa actúa casi solo como expresión de la posición y opiniones del gobierno y no como un medio para informar objetiva y críticamente sobre la realidad de fondo de los acontecimientos internacionales que nos afectan.

Si nos fijamos en las noticias internacionales de los noticieros televisivos, veremos que estos mantienen un esquema, que es el mismo todos los días y nada tiene que ver con el potencial noticioso que es posible extraer vía Internet de los medios informativos internacionales. Solo viene a salvar

esta situación de aburrimiento acumulado el programa Dossier, de Walter Martínez, pero que se transmite un día después de aparecer en Telesur. En Cuba ni siquiera se refleja toda la información que transmite esa emisora, de la cual incluso nuestro país es accionista. Hay una Telesur para Cuba, que no es la misma que se ve en otros lugares de América Latina.

Lamentablemente nuestra prensa se sostiene sobre la base del monopolio de la información y la impunidad que esa situación le confiere. No se siente en la obligación de responder ante la opinión pública por sus deficiencias y por las críticas y reclamos que se le formulan. A pesar de lo que se le ha criticado en varias ocasiones, por la más alta dirección del país, no se ha logrado que la prensa reduzca la distancia entre la realidad y su no expresión en los medios.

Luis Sexto. Habré de referirme a la prensa cubana actual. Objetivamente, no resulta exacto igualar el presente con el pasado de la prensa revolucionaria en el poder, es decir, desde 1990 hacia atrás. Hoy atraviesa una etapa muy diferente a cuando partió, en 1965. Durante los años 60, 70, 80 y hasta principios de los 90, los periódicos y revistas fueron más abiertos, menos fiscalizados y sobre todo gobernaron su libertad hasta para decidir la publicación de textos conflictivos o cómo adecuar periodísticamente hasta una nota oficial. Al menos, ello es lo que le parece a este periodista que hace poco redondeó cuatro décadas en periódicos, agencias y revistas, y en la radio. Recuerdo que, si hoy parece una hazaña publicar en la *web* algo contra la corrupción interna, *Bohemia*, por libre iniciativa, alertó de ese mal en 1990 en un artículo de opinión bajo el título de “Vivir como todos”.

Hoy, en cambio, los medios impresos, incluso las secciones informativas de la radio y la televisión, son objeto de un mayor control por parte de lo que llamamos aparato oficial. ¿A causa de actitudes y capacidades humanas, o por razones estructurales, o por imperativos de las circunstancias? Me parece que esas causas se convierten en concausas: todas intervienen. No podemos desconocer el papel de la falsa conciencia con que desde hace más de 20 años se juzga a la prensa. Todavía pesa en la ideología dominante la última etapa de *Novedades de Moscú* y la revista *Sputnik*, cuyos contenidos y lenguaje crítico estaban influidos por la *Perestroika* y la *Glasnost*. Por ello, pende como una amenaza el criterio de que la prensa soviética, sin control, colaboró en la caída de aquel socialismo que, a pesar de sus aciertos, según sabemos, tenía muy poco que ver con Marx y Lenin.

Hemos de tener en cuenta también que las fuentes de noticias permanecen cerradas, o casi renuentes a tolerar la presencia de periodistas. Posiblemente, ministerios y empresas no hayan recibido, para ello, una recomendación u orden explícita del Partido. Si recordamos las aún recientes resoluciones del Buró Político –la última de 2007–, vemos cómo estas instan a las fuentes a abrirse. Pero ministros y directores tienen poder en sus respectivos organismos, y pienso que el temor de estas estructuras a la prensa no sea político, sino pragmático: la prensa descubre, la prensa denuncia y hace públicos errores y erratas. Por ello, en algún momento de los últimos 15 o 20 años, la prensa, para entrar en ciertas fábricas o instituciones, ha tenido que contar con autorización, hasta del ministro. Incluso, algunos de cuantos hoy critican acérrimamente a la prensa, cuando ocuparon funciones oficiales dijeron lo mismo: “Eso no se puede publicar”.

Sin embargo, tengo la certeza de que la prensa recibirá el espacio que le corresponde. No parece coherente haber aprobado resoluciones que apoyen políticamente el ejercicio de la crítica y el acceso de la información y que existan luego limitaciones impuestas desde los organismos políticos, además de los estatales. También influye el cambio generacional en la calidad de la prensa. Dicho un tanto sintéticamente, en un periódico han de coincidir tres generaciones: la que está a punto de terminar su vida profesional, la madura y la que comienza a ejercer el periodismo. De acuerdo con mis datos, los medios se han quedado casi sin las dos primeras generaciones, parte de cuyos miembros se han jubilado o han cambiado de trabajo. Y aunque los jóvenes egresan de los centros de formación con

teoría y con alguna práctica, carecen de experiencia para evitar el periodismo explícitamente propagandístico que se construye en nuestros medios.

Jorge Gómez Barata. Agradezco a *Espacio Laical* la convocatoria a una reflexión colectiva sobre la prensa cubana a la cual me sumo con respeto a la publicación, al tema y a los miles de compañeros que trabajan en ese sector, el más expuesto al escrutinio público y el más vulnerable a la crítica. Acepté la encomienda desde el indeclinable compromiso de los militantes revolucionarios porque creo que el ejercicio puede contribuir a los esfuerzos renovadores en curso. No soy un espectador del proceso revolucionario sino uno de sus protagonistas; disfruto de sus conquistas, comparto el mérito por lo creado y asumo como propios los errores cometidos y, hasta donde me toca, respondo por ellos.

Como en cualquier lugar, la prensa en Cuba es parte de la estructura social, del sistema político y del contexto cultural. Por tanto, las evaluaciones deben remitirse a esos escenarios que en nuestro país se caracterizan por el control estatal centralizado, la dirección vertical y la homogeneidad ideológica; todo ello en una coyuntura de cambios y en el contexto de una “plaza sitiada”, cosa que no es una metáfora sino una realidad dramáticamente vigente.

La prensa en Cuba no es plural ni abierta porque así no es la sociedad en que existe, la cual establece idénticos cánones para todas las instituciones sociales. La diferencia radica en que, dado su significación para la conducción de la sociedad, en la prensa se procede con menos flexibilidad y tolerancia que en otras áreas de la cultura, el cine o el sector académico. Es reiterativo afirmar que los patrones por los que se rige la prensa cubana, importados de la Unión Soviética, presentan deficiencias estructurales que los hacen ineficaces y anacrónicos.

No debe obviarse el detalle de que la prensa revolucionaria cubana no fue siempre como es ahora. Los diarios *Revolución*, *Noticias de Hoy*, *El Mundo*, la revista *Bohemia*, así como los espacios informativos de la radio y la televisión, incluso el periódico *Granma* en su primera época, desempeñaron brillantemente su papel y acompañaron eficazmente los cambios que se realizaban. La prensa de aquellos años, aunque no era perfecta, fue como un acta o como una ilustrada crónica de las transformaciones revolucionarias. No hay un solo hecho o proceso relevante de la época, incluyendo momentos políticamente incómodos, que no se reflejaron en sus páginas. Cuando la conducción política era más transparente, la efectividad de la prensa como instrumento de formación ideológica y movilización social era incomparablemente mayor.

Todo cambió cuando se adoptó la experiencia soviética y se importó no solo su modelo económico, sino también la superestructura política, los criterios institucionales y las prácticas ideológicas vigentes allí. Aquel trasvase no dio lugar a una mutación progresiva, sino a un proceso anómalo mediante el cual se importaron diseños fallidos y malas prácticas. Así apareció en Cuba la prensa oficial, rectorada centralmente, que a la larga no fue un avance sino todo lo contrario. Aunque desde antes el modelo evidenció notables carencias, con la crisis del socialismo real se degradó e hizo visibles sus malformaciones estructurales. Por razones conocidas, y en algunos casos explicables, asociadas a la necesidad de resistir para sobrevivir, la rectificación de aquellas situaciones se aplazó y luego se congeló. La prensa cubana quedó como detenida en el tiempo. En clave política es como si para ella los últimos 20 años no hubieran transcurrido.

El error de nuestra generación no fue aplicar una experiencia que creímos positiva, ni seguir un camino para la construcción del socialismo que estimamos exitoso, sino ignorar las evidencias de que habíamos errado al copiar del modo como se hizo. La culpa es mayor porque en los años 80, antes incluso de que se iniciara la *Perestroika* y la *Glasnost*, Fidel Castro se percató del error, particularmente con respecto al modelo económico, por lo cual convocó a la Rectificación de Errores y Tendencias Negativas. Inexplicablemente, las reflexiones de entonces no fueron acompañadas de

análisis sobre otras esferas. Treinta años después de los llamados a la rectificación, y 20 del fin de la Unión Soviética, todavía la prensa cubana se gestiona con criterios que eran discutibles ya en la época de los bolcheviques. El exceso de control y el celo ideológico no han hecho mejor a la prensa cubana.

Justo Planas. Primero creo que es bueno aclarar que considero prensa cubana a toda aquella que realizan cubanos sobre Cuba o con la mira puesta en Cuba para lectores cubanos. No pienso que se limite a la prensa que se publica en la Isla, pues fuera de ella también existe una diáspora que necesita consumir informaciones y comentarios que se ajusten no solo a sus necesidades, sino a sus perspectivas; y hay medios que se proponen cumplir estos objetivos. Ignorarlo sería caer en las muy oportunas exclusiones que, tanto en la Isla como fuera de ella, realizan los medios de prensa cubanos, cada uno de ellos generalmente dispuestos a reconocer solo la parcela de realidad y pensamientos que mejor se les aviene, si bien permanecen muy atentos a lo que dice el Otro. La falta de pluralidad, la escasez de un diapazón de criterios y enfoques al interior de cada medio de prensa cubano no se restringe a la esfera política, sino que se extiende al periodismo deportivo, cultural, de salud... no solo es una cuestión de contenido, tiene también una base formal.

En su libro *Géneros de opinión*, decía el fallecido decano de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana, Julio García Luis, que se debía “luchar en dos sentidos: de un lado frente a la superficialidad y el liberalismo, muchas veces asociados a la ignorancia y a la falta de criterios sólidos; y del otro, frente al esquematismo, la machaconería y la repetición aburrida de citas, consignas y clisés, que tampoco prestan ningún servicio a la prensa o a la Revolución”. En la mayoría de los casos, basta con argumentos sólidos para convencer al lector, “no hace falta gritar”. Ese periodismo exaltado, poco reflexivo, ha hecho estragos fuera y dentro de la Isla; se enfrenta al criterio ajeno como si de una guerra se tratara (oficialmente se cree que así es en efecto), e impide ver lo que tiene de sensato el discurso del “contendiente”. Se resume en lo siguiente: la prensa cubana no cree que existen múltiples verdades, cree en una sola Verdad.

Otra característica es que las intenciones de cualquier trabajo periodístico cubano son políticas, no importa que se escriba una crítica de ballet o una crónica sobre el día de los enamorados. Resulta difícil hacerle comprender a los colegas cubanos que debe existir también un periodismo lúdico, de ocio. Un artículo de esos que aparecen en yahoo.es sobre el vestido que usó Shakira en su último concierto tiene ¡muy al fondo! un discurso político; sin embargo, en nuestros textos son los otros temas los que sirven de respaldo.

La prensa cubana de la Isla, afortunadamente, ha expurgado el sensacionalismo que tanto daño hace en otras naciones, si bien suele ser demasiado estricta con todo lo que le huele a banalidad. Nuestros periódicos (no tanto la radio y la televisión) realizan un uso encomiable del español, si se le compara los de otros países caribeños y latinoamericanos; pero, ojo, los periodistas cubanos no toleramos otro registro que no sea el formal, nos cuesta ser coloquiales y jamás escribiríamos una mala palabra como hacen los diarios españoles en ciertas columnas, sin cargo alguno de conciencia.

Con decir que el periodismo cubano pertenece a la tercera edad y va dirigido a la senectud, creo que lo digo todo. Porque su manera de acercarse al público, sus intereses noticiosos y su uso del idioma no se ajusta a nuestros tiempos, al ciudadano de hoy. Para comprobarlo, basta con ver las colas que se hacen en los estanquillos cada mañana, basta con fijarnos en los más fieles consumidores de noticieros de radio y televisión. La prensa está hecha a la medida de ese público.

Aurelio Alonso. Parto del supuesto de que la pregunta se refiere a la prensa cubana de hoy, sin la pretensión de una mirada a la que precedió a la transformación revolucionaria. Este ha sido y es uno de los temas más polémicos en los años que corren. Un tema que merece valoraciones críticas, las

cuales tampoco han faltado. Pero cuando el dedo es puesto en la llaga, la censura hace su aparición. Hacia 1994 participé en el jurado de la segunda edición de la colección *Los Pinos Nuevos* y entre los títulos escogidos figuraba la versión resumida de un trabajo de diploma de una recién graduada en periodismo, bien argumentado, con testimonios críticos, un libro polémico, el cual, tras algunas discusiones, llegó a imprimirse con toda la selección que propusimos..., para ser después hecho pulpa. Es un ejemplo que me tocó vivir de manera directa.

En todo caso, creo que dos elementos caracterizan una tendencia generalizada al hacerse juicios sobre el tema de la prensa en Cuba: uno es que extremar el inventario de errores y defectos es muy fácil porque las deficiencias de nuestra prensa son evidentes y recurrentes; el otro es que la cuenta de los problemas de la prensa se le suele pasar completa a los periodistas. Los patrones informativos esperados del periodismo de la nueva sociedad tenían que corresponderse con un cambio de valores. Procurar la verdad como divisa, sin permitir que intereses mercantiles, políticos o ideológicos la deformaran. Sin remover la vieja estructura social no era posible alcanzar este objetivo. ¿Pero bastaba con ello para lograrlo? Parece que no. La otra divisa fue eliminar el sensacionalismo y mantener un plano de respeto humano en el tratamiento de la información. Creo que esto último ha sido y es un valor bastante logrado que nos distancia positivamente de la prensa burguesa. Pero en el plano informativo, el peso de la orientación y las restricciones impuestas desde las instancias de decisión política anula, en la práctica, todas las virtudes que queríamos ver extendidas en nuestra prensa: frescura de pensamiento, agilidad y claridad informativa, espontaneidad, carácter polémico, cuestionamiento crítico y, hasta por carambola, la veracidad, proclamada como consigna principal de una prensa revolucionaria. Porque al final, sin quererlo, podemos faltar también a la verdad tratando de salvar la espalda.

Para resumir, caracterizan a la prensa cubana de hoy la desinformación, la retención temerosa de lo que es noticia; el sometimiento vertical de los diarios (y otras publicaciones periódica) a un criterio externo, oficial (el de una instancia del Partido, aunque igual daño haría que lo fuera de un ministerio u otra institución política); la falta de confrontación, el rechazo al disenso en la selección de lo publicado, la censura (cuando se dice simplemente “eso no puede publicarse”) y la autocensura (la deformación profesional de omitir todo lo que se presume que va a ser omitido); el desencanto profesional que me imagino debe sufrir gran parte de los periodistas en el ejercicio de realizar su misión de informar con el mayor provecho del público. No tengo la menor duda de que en nuestro periodismo están las capacidades para hacer una prensa mucho mejor que la que tenemos.

2- ¿Existe una política informativa en Cuba? ¿Quién diseña esa política y quién define lo que se publica?

Esteban Morales. Hay claramente una política informativa. El que los dos periódicos nacionales de circulación diaria tengan las mismas noticias, expresadas de casi idéntica forma y que el noticiero estelar de la televisión sea una copia casi exacta de esos periódicos, evidencia, por una parte, que existe esa política informativa y, por otra, la inflexibilidad de ella, que no permite aportes o variaciones a lo que se considera que deba ser informado.

Se repite constantemente por la radio, la televisión y la prensa escrita, un mismo esquema informativo. De modo que si usted ve la Revista de la Mañana en televisión y escucha la primera emisión mañanera de Radio Reloj, prácticamente se puede ahorrar la lectura del periódico. El noticiero televisivo de las ocho de la noche, es una versión resumida del transmitido al mediodía, que resulta ser el menos malo, principalmente por ser el más extenso. El noticiero del cierre, es apenas una raquítica minuta del Noticiero Estelar de las ocho de la noche, que dura apenas media hora.

Solo el periódico *Trabajadores*, semanalmente, refleja algunas cosas nuevas de interés. *Juventud Rebelde* es una inaceptable repetición del periódico *Granma*, sin apenas tratar ampliamente y a fondo

los problemas e inquietudes de los jóvenes, a quienes supuestamente está dirigido. En ocasiones, el aburrido y reiterado esquema informativo diario parece estar concebido para aprenderse de memoria las pocas noticias que se brindan y son continuamente repetidas.

No son los periodistas, ni siquiera la dirección de los distintos medios, los que trazan esa política y deciden lo que debe ser dicho y cómo debe decirse, los que debaten la estrategia ni deciden lo que se publica. Los periodistas no pueden influir en nada en su estrategia, ni siquiera a veces atreverse a dar sus opiniones. Solo obedecer. Y eso no lo digo yo, lo han dicho periodistas de los propios medios.

La política informativa la traza un aparato político administrativo, que censura o permite qué se puede y qué no se puede publicar. Esa superestructura político-ideológica de mando, se comporta como rectora de la información y la orienta y dirige. Eso provoca que la prensa tenga la desventaja de carecer de voz propia y oído crítico, lo cual le impide desempeñar el papel que le corresponde.

Recientemente una gran parte del país, incluyendo La Habana, estuvo a oscuras y tuvimos que esperar varias horas para enterarnos de lo que estaba sucediendo. Eso ocurre porque, aunque estén “lloviendo raíles de punta”, nadie puede tomarse la iniciativa de informar si previamente no recibe la orden desde “arriba”.

La programación deportiva está también sujeta a la misma política. No hace mucho, en una transmisión de los juegos de pelota del equipo de Cuba en México, cuando los narradores mexicanos comenzaron a hablar de los jugadores cubanos con éxito en las Grandes Ligas y se refirieron al Duque Hernández, se cortó la transmisión de la voz y el narrador cubano informó que había problemas de audio, y siguió él describiendo el juego. Esto fue interpretado por los oyentes, como un acto deliberado para impedir que se siguiera hablando del tema. ¿Por qué la gente no podía saber qué pasaba con el Duque Hernández? ¿Por qué se transmiten los partidos de fútbol internacional y no se puede ver el beisbol de las Grandes Ligas, como desearían muchos cubanos, cualesquiera que sea su posición política?

Se trata de una prensa que más de 40 años después de haber asumido un esquema informativo, no lo ha abandonado, y se ha quedado desactualizada y a gran distancia de lo que el público de hoy, más instruido y culto, necesitaría recibir. Este esquema parte de dos premisas; una de que aquellos a los que va dirigida la información, son poco menos que ignorantes, no tienen capacidad de discernimiento y análisis y deben ser orientados. La otra, de que no tienen otra vía para informarse y solo conocerán lo que nuestra prensa le suministre, con los análisis que incluya. Ambas premisas son erróneas. La población cubana actual es mucho más instruida y culta que la de los años 60 y tiene suficiente cultura y perspicacia política para analizar la información que recibe.

No es posible pretender que el ciudadano vea, escuche o lea, solo aquello que está dentro de un esquema nacional de comprensión del mundo y de nuestra realidad, que no se sabe qué genio la formula. De manera directa o indirecta tiene acceso a otras fuentes de información, que en los años 60 no tenía, gracias a la computación, a los turistas que visitan nuestro país, a las relaciones con los familiares en el extranjero y a los viajes que hacen a otros países.

Luis Sexto. No creo que exista hoy, en la práctica, una política informativa. Al menos no existe como reguladora consecuente. Parece que se soslaya el papel que aun en la sociedad socialista, y tal vez por ello, ha de ejercer la prensa. Por lo tanto, continúa sometida a los altibajos de las coyunturas políticas, aunque el documento base de la reciente Conferencia Nacional de Partido aprobó sobre la prensa los objetivos 70 y 71: “Reflejar la realidad en su diversidad; informar de manera oportuna, objetiva, sistemática y transparente; estimular el análisis y ejercicio permanente de la opinión, y desterrar la autocensura, la mediocridad, el lenguaje burocrático, la retórica, el triunfalismo y la banalidad”.

Esos propósitos, evidentemente, integran una política. Habría, por tanto, que desterrar también las trabas que aún impiden aplicarla. Diría, incluso, que un artículo o un reportaje críticos no dañan al país; que un amplio universo informativo no lo daña. En cambio, lo perjudica la falta del artículo crítico o de la información. De ese déficit se aprovechan también cuantos satanizan al gobierno cubano.

La política informativa se ha decidido comúnmente en los congresos del Partido Comunista. Ahora bien, como hemos visto, la política se desvía, y donde se ha de abrir se cierra. Imaginar, sin embargo, que todos los días un funcionario del Partido visita a los medios para decir qué se publica y qué no puede publicarse resultaría un tanto simplista. Quizás, por ciertas evidencias, en algunos medios provinciales se actúe así, tan descarnadamente. Los medios tienen un espacio para decidir sobre su forma y su contenido. Sería injusto afirmar que, actualmente, todo se consulta y que para todo se pide permiso. Se consulta, en efecto. Pero descontando asuntos estratégicos, existentes en cualquier país, el consejo editorial de un medio, al menos en los nacionales, decide qué y cómo se publica o se difunde, aunque la brecha se abre o se cierra dependiendo de qué se clasifique, políticamente, como estratégico. En esa percepción, exacta o desmesurada, operan también las actitudes y las capacidades humanas. Como es evidente, no aprovechamos hoy, internamente, el espacio que nos dejan las regulaciones exógenas, más rígidas que nunca antes en las presentes circunstancias. Nadie ha prohibido el título sugerente, ni el *lead* interesante, ni el reportaje formalmente revelador, o el artículo que roce la realidad más profunda, aunque sea sugiriéndola.

Jorge Gómez Barata. Al respecto habría que tener en cuenta que en los países socialistas que sirvieron de modelo a Cuba, las prácticas de control de la información no aludieron solo a la prensa, sino a la comunicación social en su más amplio sentido. Se trata de comportamientos asociados a la idea de la exclusividad ideológica y a la existencia de un pensamiento oficial que se hace más visible en la prensa, aunque no es exclusivo de ella.

No obstante la existencia o no de una “política informativa” me parece francamente irrelevante. Las políticas tienen derecho a existir; lo importante es que sean correctas, viables y permitan un desempeño eficiente del área que se trate. No se cuestiona hoy la política cultural, ni la que rige las relaciones con la religión, la Iglesia y los creyentes porque son básicamente correctas, inclusivas, permisivas y aperturistas.

En realidad lo que importa es que las políticas sean eficaces, coherentes y compatibles con las exigencias generales de una profesión cuyo desempeño requiere de márgenes de libertad. Es también importante que los operadores a cargo de la ejecución de las políticas dispongan de la calificación necesaria, no sólo para controlar que se cumplan las reglas sino para diseñar reglas apropiadas. Tal vez si hubiera una política informativa consensuada con periodistas y directivos, todo marcharía mejor.

Justo Planas. Claro. Es una política diseñada, al final de una larga cadena, por el gobierno de Cuba. Primero, los jefes de redacción son cuadros del Partido Comunista de Cuba (PCC); segundo, los directores de medios de prensa –algunos de ellos ni siquiera periodistas o con una idea muy pobre de lo que es el periodismo– reciben la asignación directamente del Comité Central; tercero, los medios de prensa están asociados a una institución rectora, generalmente política: *Juventud Rebelde* a la UJC, *Trabajadores* a la CTC... Con esta estructura, es difícil que un texto escape de las intenciones informativas oficiales –de moda–, aunque para mayor seguridad, antes de llegar a las manos de los lectores, cada trabajo –al menos de la prensa escrita– sigue una lista de ojos expertos en encontrar frases descarriadas o intenciones dobles. Los periodistas de a pie, puesto que son pueblo raso como cualquier lector, conocen al dedillo las aristas polémicas de la situación nacional, están

generalmente muy al tanto de lo novedoso (o peligroso) que está sucediendo en las áreas que atienden; y negocian con sus jefes como pueden (aunque ganan uno de los salarios más bajos de los profesionales cubanos) la publicación de los textos “malditos”, que suelen ser los que más trabajo dan y muchas veces nadie les pide (porque no conviene) que los hagan. Por eso siempre me resulta chocante que ciertos políticos muy al tanto de la estructura mediática nacional, se refieran (demagógicamente) a las incapacidades de los periodistas cubanos, cuando en realidad se trata de “incapacitaciones”.

Aurelio Alonso. Por supuesto que existe; no solo una política informativa sino una bastante objetable por la excesiva regulación informativa desde el aparato ideológico del Partido sobre los órganos de prensa y el ejercicio del periodismo. Y aclaro que no es que piense que el Partido no tenga por qué involucrarse en el fenómeno mediático, sino que estoy convencido de que no es así que tiene que hacerlo. Yo diría que la política informativa cubana se basa en la interpretación más estrecha e impropia de la proverbial formulación de 1961: “Dentro de la Revolución todo. Contra la Revolución nada”. Aquella reflexión en la cual Fidel Castro redujo a su exacta expresión el sentido del término prohibitivo “nada”, precisando “ningún derecho” a destruir el sistema, con la amplitud que ofrecía afirmar “dentro” en lugar de limitar, al desechar el “con”, la legitimación de libertades a niveles estrictos de compromiso ideológico.

La política informativa en vigor, sin embargo, parece haber estado dominada por otra lectura: una que busca el “contra” en cualquier disenso. Hasta tal punto que para que se produzca un signo de audacia periodística ha habido que esperar a que sea inducido, o incluso orientado, por las instancias de dirección política, normalmente por las más altas, o al menos que “haya señales”. La responsabilidad se convierte en la relación entre quién debe consultar y quién puede autorizar. La lista de los consultantes sería, por supuesto, la de los periodistas; y la de los que autorizan, un número reducido de escalones de la nomenclatura partidaria. Los periodistas tienen muy poco espacio para decidir por sí mismos (los órganos para los cuales trabajan también), y en ocasiones se ven sometidos a un adocenamiento creativo impuesto por la imposibilidad de ejercer su oficio con la autonomía, la imaginación, la audacia y el sentido crítico indispensables. Por tal motivo, repito que considero superficial limitarse a definir el problema como deficiencia del ejercicio profesional, sin decir tampoco con ello que no haya periodismo malo. Y lo triste radica también en que, como contrasentido, la mediocridad puede ser evaluada por encima de la excelencia, en tanto se prioriza un rasero de obediencia.

3- ¿Qué propósitos proclaman quienes defienden ese estado de cosas?

Esteban Morales. No son muchos los que escriben ripostando las críticas que se hacen a la prensa cubana, pero los que lo hacen, proclaman defender a la Revolución del daño que haría el que se divulgaran informaciones críticas sobre nuestra realidad. Parten de que el bloqueo y la enemistad del gobierno de Estados Unidos y los grupos de cubanos de Miami que desean y actúan con el interés de derrocar al gobierno revolucionario, son suficientes argumentos para no divulgar nuestros problemas. Pero esa política no puede justificarse con el bloqueo, con la histórica agresividad de la política norteamericana, ni con la pobreza que debemos estoicamente combatir y soportar. Porque eso es tener lástima de nosotros mismos. Justificaciones como esas, lejos de contribuir a solucionar los problemas, los agravan y ponen en manos de las personas menos adecuadas, y en ocasiones mal intencionados, la exposición y análisis de ellos.

Luis Sexto. Sin generalizar, ni exagerar, advierto que algunos funcionarios gustan del secretismo, del misterio. Esa actitud de actuar bajo un riguroso hermetismo es una construcción ideológica cuyo

generador fue, en un principio, la guerra que los Estados Unidos libran contra la revolución y el socialismo. Por mucho tiempo el país ha necesitado guardar secretos. Y se comprende esa medida cautelar. Pero si el secreto es una acción o reacción justificada ante la agresión, el secretismo es una manifestación de patología social. Esta última reacción integra la llamada “vieja mentalidad”.

No obstante esa tendencia, ya vimos que existen documentos y declaraciones del Partido y de los principales dirigentes políticos que exaltan a la prensa como un instrumento capaz de ayudar a preservar e incrementar la salud de la sociedad. No dudo, a pesar de las contradicciones prácticas, de la sinceridad y las convicciones de esas ideas que defienden la existencia de una prensa más aguda y abierta.

Pero aclaremos: aun en los mejores momentos de nuestra prensa, hubo criterios opuestos a darle excesiva libertad. Convengamos en que la prensa, tanto como la crítica, según Alfonso Reyes, es una “insolencia de segundo grado”. ¿Quién que haya sido periodista antes de 1990 no encontró una puerta cerrada, o una mirada hostil proveniente de una u otra persona? Pero ello hoy podría considerarse normal si el profesional de la información pudiera tener alternativas. Antes de esa fecha las había. Valga un ejemplo personal. En 1994 o 1995, el ministro de Agricultura me negó una entrevista sobre las Cooperativas de Producción Agropecuaria (UBPC). No obstante, pude buscar otras fuentes, incluso no oficiales, para lo cual invertí más tiempo, pero conseguí la información de modo que el artículo apareció en *Bohemia* con el título de “Ser o no ser... autónomas, esa es la cuestión”. Fue el primer texto publicado en la prensa que alertó sobre la burla burocrática de la autonomía en las UBPC. Recientemente, el Ministerio de la Agricultura ratificó e instrumentó la aplicación de la autonomía, establecida también en la antigua ley, para estas cooperativas sobre tierras estatales. ¿Tardíamente? No sé; ese adverbio temporal puede ser engañoso. A mí me alegra más la rectificación que pasar cuenta al error ya superado.

Creo, por otra parte, que al no parecerse al país en lo que informa u opina, la prensa pierde credibilidad, y con esta pierde capacidad para secundar las políticas sociales y económicas. Con una prensa restringida en su alcance editorial, las alfombras también podrían esconder acciones muy negativas. Para evitar la corrupción no bastan la Contraloría General y el control administrativo.

Jorge Gómez Barata. No se trata de “ellos” y de “nosotros”. No creo que dentro de la Revolución haya unos que defienden un estado de cosas y otros que se oponen. La cohesión todavía existe. El problema es más global y alude al proceso en su conjunto, a las estructuras sociales que están urgidas de una rectificación total. Nadie en su sano juicio puede creer que las instituciones cubanas son perfectas y no necesitan ser actualizadas. Lo que ocurre es que, en la definición de las prioridades, se ha preferido avanzar primero en la economía y luego en lo demás. El problema es que esa “definición de las prioridades” sea atinada.

Justo Planas. Imagino que los otros hayan respondido muy claramente esta verdad a gritos, por eso quisiera referirme al despropósito que esto implica, como todos conocen, la oficialidad de cualquier medio de prensa cubano, su vínculo institucional. No se pueden cuestionar ni discutir ciertos temas con el nivel de seriedad que exigen porque al instante la prensa internacional deduce de lo dicho una postura oficial. Por mucho que para el gobierno no implique conflicto alguno, y que le sea incluso de ayuda, la prensa nacional debe hacerse de la vista gorda ante ciertas noticias del mundo o ciertos retos del hoy cubano, para evitar el cotorreo de la prensa no cubana.

Aurelio Alonso. Yo diría que son seres humanos, revolucionarios marxistas, posiblemente sin tacha, que profesan una fe sin muchos matices, la cual responde a una visión equívoca de la responsabilidad política, entendida como facultad discrecional, y que toca principalmente a la prensa,

aunque no solo a ella. Los investidos de la competencia de decidir son considerados protectores de la pureza informativa, provistos de la capacidad de juzgar por encima de los que escriben. La idea de que no todas las cabezas están preparadas para todas las verdades, y que alguien tiene que dosificarlas es muy vieja en la Historia. Pero específicamente ahora se manifiesta como uno de los rasgos heredados de la lectura catequética del pensamiento marxista, a partir de que la revolución proletaria se convierte en fuente teórica del nuevo poder. Se compensa con el argumento de que no se deben poner a la luz los defectos o los errores de la Revolución para evitar el uso que el enemigo puede hacer de ellos, limitando además a los que tienen que corregirlos con un peligroso espejismo conformista. Stalin hizo, tal vez, la mayor contribución a este modo de concebir las relaciones entre el ejercicio de la política y su relación con la prensa, aunque no conozco que uno sólo de los regímenes proclamados en el pasado siglo como socialistas no haya practicado un control riguroso y a menudo arbitrario de lo que se publica, y aplicado la censura sin vacilación. Mijaíl Gorbachov, presunto introductor de la transparencia informativa en su propuesta de reformas (*glasnost*), no vaciló en ocultar cuanto pudo a la opinión pública la tragedia de Chernóbil. Llegó a ser tan grave y nocivo el desastre del silencio y el ocultamiento como el del accidente en sí mismo.

4- ¿Cuál es el resultado político, social y económico de este estado de cosas?

Esteban Morales. El principal y más peligroso resultado es la desconfianza en la veracidad de lo que se publica. El lector común ha perdido la confianza en la información tanto nacional como internacional que se brinda. Y lo más grave es que esta desconfianza no se circunscribe a la prensa, porque se identifica esta con el Gobierno y el Partido, que es quien la dirige, por lo que también afecta la credibilidad de estas instituciones. Un dramático ejemplo ilustrativo de ese resultado es la desconfianza generada en la información internacional después de la debacle del socialismo en Europa. Recordemos que la URSS y los países socialistas eran presentados siempre en nuestra prensa como paraísos sobre la tierra. Sorpresivamente, la población conoció que existían problemas de los que nunca se les había informado y que dieron al traste con ese sistema. Así, un acontecimiento tan traumático para el país constituyó también una inmensa deuda de nuestros medios informativos y entronizó la duda en la población sobre las informaciones de los acontecimientos internacionales de hoy en día, como los sucesos de Libia y, actualmente, los de Siria. Reflejo de esta desconfianza es la búsqueda de otras fuentes de información, sobre la cual, a pesar de las grandes limitaciones para el acceso a internet, no es posible ejercer un control efectivo.

Es en ese escenario, que se crean las condiciones propicias para el surgimiento de los rumores o “bolas”, que aunque generalmente se culpa a elementos contrarrevolucionarios de haberlas originado, son precisamente las deficiencias informativas las que en la mayoría de los casos constituyen las causas de su origen. Generalmente, las “bolas” magnifican los problemas existentes y en algunos casos se refieren a hechos o problemas inventados, pero en muchos casos, posteriormente son informados por la prensa, aunque con una connotación menor. Eso sirve para confirmar la veracidad de las “bolas”, lo que contribuye a aumentarlas.

La baja calidad de la información hace que esa prensa cada día esté más lejos de aquellos a los que supuestamente deben informar y tal vez, hasta orientar, lo que en la práctica, no estimula al lector. Me atrevería a decir, que está perdiendo poder, precisamente por la forma extemporánea, dogmática, inefectiva y equivocada con que está siendo conducida.

Otra consecuencia de la política informativa, es que el extranjero que se interesa en nuestra realidad, al no encontrarla en la prensa cubana, se desplaza también hacia los medios alternativos. Por lo cual, nuestra prensa continuamente pierde espacio y prestigio, también para informar sobre Cuba, más allá de nuestras fronteras, porque su política es “vender” externamente un país que no es

el que realmente existe, ni el que conocen los que nos visitan y mucho menos, el que vivimos “los cubanos de a pie”.

Luis Sexto. Esos medios presuntamente no oficiales -algunos pueden pertenecer a otra “oficialidad”-, en su mayoría son digitales, y todavía su alcance es mínimo. Por exigencias de mi condición de periodista debo estar al tanto de ellos. Y me parece que predomina en muchas de sus páginas o pantallas la irresponsabilidad. En justicia, los medios oficiales guardan cierto decoro con respecto de lo que es verdad o mentira. En cambio, salvo excepciones, esos medios alternativos se caracterizan por publicar sin concierto ni acierto cualquier cosa y ejercer una crítica que no tiene en cuenta las circunstancias en que se mueve el objeto de su diatriba o reporte. O todo es completamente bueno o todo enteramente malo. Ya no sabemos qué se sabe y qué no se sabe sobre Cuba. Como objeto principal, algunas agencias, editadas en el extranjero, se proponen quebrantar, no importa si con la verdad o con la mentira, el actual orden en Cuba y, por ello, concuerdan con la política norteamericana. Si se olvida ese aspecto, seríamos injustos e imprecisos en cualquier análisis sobre nuestro país.

Entre los medios que puedo llamar alternativos, debo mencionar algunas revistas impresas, aunque tengan versión digital, cuyos enfoques y lenguajes se distinguen por la mesura y el equilibrio. *Espacio Laical*, por ejemplo –y estar aquí en este momento no compromete mi juicio. Hasta dónde la he leído, aprecio en varios de sus números un enfoque sugerentemente alternativo en los análisis de nuestra realidad. Como pienso que lo es también, desde el lado oficial, la revista *Temas*. Ambas revistas se caracterizan por la profundidad y la multilateralidad de sus visiones. Claro, ambas también son medios especializados, menos imbricados con la información cotidiana e inmediata, y dirigidas a un universo menos general.

Jorge Gómez Barata. Se trata de una deuda social que se acumula y crece, de errores que se profundizan y de grietas en la cohesión social que se amplían (ninguna grieta se cierra sola). No se trata tanto de los errores que podamos haber cometido, que son evidentes, sino de la tardanza en rectificarlos, lo cual puede complicar la subsanación. Tratando de servir y de ser fiel al sistema, la prensa cubana puede llegar a descalificarse a tal punto que deje de ser útil para ese y otros objetivos; de hecho la credibilidad, que un día fue su mejor baluarte, está hoy expuesta a la duda. Es verdad que la prensa cubana no miente, pero omite y silencia.

Justo Planas. Hay consecuencias, claro, pero sobre todo es necesario siempre estar conscientes de que primero la prensa nacional es resultado del estado de cosas político, social y económico de la Isla. Recuerdo que cuando invitaron a Julio García Luis, en aquel entonces decano, y a Raúl Garcés, jefe de la carrera de Periodismo, al programa Libre Acceso, alguno de los dos insistió durante todo el tiempo que estuvieron al aire en que el sistema de prensa es siempre reflejo de su sociedad. Creí ver ahí una especie de guiño. No se puede cambiar la prensa *per se*, hay que cambiar la sociedad, las mentalidades. La prensa es un factor, pero es también una víctima. Siempre que alguien me pregunta socarronamente por qué no decimos lo que pasa en su centro de trabajo, lo invito que lo diga él primero allí, en vista de que le preocupa tanto. Mucha gente no quiere hablar abiertamente los problemas del país en las reuniones del trabajo o la cuadra, pero aspira a que los periodistas sí lo hagan. La prensa es reflejo de su sociedad.

Aurelio Alonso. El resultado es mucho más dramático que el de una equivocación pendiente de ser corregida, por dos motivos, a mi juicio. El primero es que se trata de algo que hemos padecido generación tras generación, con momentos de relativa apertura, casi siempre inducida, seguidos del

retorno a la regimentación. ¿Estamos ahora bajo un aura aperturista? Yo diría que sí, que nos mantenemos bajo el efecto del llamado reiterado al debate, pero no me perdonaría la debilidad de creerlo definitivo, aunque me gustaría pensarlo así. No solo por motivos personales sino, sobre todo, porque me cuento entre los que piensan, con el teólogo Anthony de Mello, que el sistema que elimina el disenso puede ser que gane su tranquilidad, pero lo hace al costo de empeñar su porvenir. Y, aparentemente, dentro del funcionariado pesa a veces más preservar la tranquilidad que asegurar el porvenir. No cabe duda –nadie la tiene ya en Cuba– que el efecto de la desinformación de saldo negativo de cara a cualquier propósito protector.

5- Existen otros medios de prensa no oficiales gestionados por actores sociales cubanos de la Isla y de la Diáspora. ¿Qué los caracteriza? ¿Qué papel juegan en la conformación de la opinión pública nacional?

Esteban Morales. La existencia de otros medios alternativos a través de los cuales la población recibe información, como Internet, la radio extranjera y los artículos de opinión y noticias que circulan por el correo electrónico, desplazan crecientemente su interés hacia la prensa oficial y aumentan el desinterés y desconfianza en lo que se publica.

De todos modos, quíerese o no, está emergiendo una prensa, que apoyada en las nuevas tecnologías, esta copando paulatinamente los espacios informativos. Prensa en la que el lector se va interesando de manera creciente. Son los blogs, los sitios *webs* apoyados por centros de debate, como *Temas*, *Criterios*, *Observatorio Crítico*, *La Ceiba*, *Espacio Laical*, *Cofradía de la Negritud*, *Moncada*, *Boletín SDP* y el correo electrónico, que dispersa a toda hora un tipo de información más realista, revolucionariamente crítica, de más nivel intelectual, que se corresponde mucho más con lo que la gente siente que debe recibir. Que se parece mucho más al tipo de periodismo que necesita la sociedad cubana dentro de un momento como el que se vive hoy en el país.

Entre sus principales características está la inmediatez y la diversidad de criterios. A través de estas vías alternativas se tiene acceso tanto a informaciones objetivas y veraces, de innegable valor, como a otras marcadas por el interés en dañar la imagen del Gobierno y el Partido.

Estas vías están fuera del control del aparato burocrático y consecuentemente tienen la posibilidad de referirse críticamente a problemas internos y sucesos internacionales que interesan a la población.

Es cada vez mayor el número de personas que tiene acceso a estas fuentes, como he podido comprobar personalmente por los artículos que he publicado en mi blog. Aquellas informaciones más interesantes se reproducen y circulan, llegando a personas que no tienen acceso propio a esas fuentes. Su influencia en el estado de opinión de la población es también creciente y no puede ser ignorada.

Luis Sexto. A la prensa cubana le ocurre lo que hasta hace muy poco le ocurría a la emigración: estaba sometida a las coyunturas políticas; era un rehén político en ambas orillas, es decir, en Cuba, en Estados Unidos y en otros sitios donde se asientan ciudadanos cubanos. Después del reciente decreto ley No. 302, Cuba despolitizó en términos generales la emigración. El gobierno norteamericano, como respuesta a esa decisión, advirtió mediante sus voceros que Washington mantendría la Ley de Ajuste Cubano, causa primigenia y fundamental, según mi punto de vista, de la politización del acto de emigrar.

A nuestra prensa, pues, le convendría una ley que regulara, también en términos generales, el papel de los medios y su espacio, además de la expresión legal de la deontología periodística. Sería una base. Por otra parte, los medios necesitan ser regulados endógenamente. Si la ley apareciera y no reconociera la capacidad autorreguladora de la prensa, no tendría sentido. Y no reclamo la independencia, ni reclamo la privatización. La prensa es esencialmente una institución política de servicio público y, por lo tanto, no la concibo de otro modo que no sea como defensora de los

intereses colectivos de la nación y como propiedad de la nación. ¿No se contradicen el servicio público de la prensa y su apropiación privada? Es decir, la prensa se caracteriza, aunque ya nos resulte extraño oírlo decir, por una compleja esencia de intereses clasistas e institucionales. ¿Acaso *The New York Times* se separa de los intereses de sus propietarios y accionistas, y de los intereses globales de los Estados Unidos? ¿Era Forbes uno de los “indignados” que reclamaban justicia en Wall Street? ¿Y se inscribe el grupo Prisa en el directorio como órgano de trabajadores sin trabajo?

En lo estratégico, pues, necesitamos una prensa como instrumento de las causas fundamentales de nuestra historia: la independencia y la justicia social, y en lo táctico la autonomía para decidir desde un consciente compromiso político. Pero determinar qué editores y qué profesionales ejercerían ese papel, sería, a mi juicio, el problema más peliagudo. Me inclino siempre hacia los más aptos en los órdenes profesional, ético y político.

También esa ley tendría que dictar, con derechos y deberes, la posibilidad de existir de medios alternativos en instituciones cuya relevancia e influencia social necesiten de constituirse en voz.

Jorge Gómez Barata. No me parece buena idea mezclar las cosas. Estamos hablando de la prensa cubana, aquella cuya misión es orientar, informar y servir a la sociedad y que es una obligación indelegable de la Revolución, del Partido y del Estado socialista. Hay medios institucionales cuya misión es otra como son los de la Iglesia Católica que, como está ocurriendo con *Espacio Laical*, desbordan su cometido no porque quieran hacerlo sino porque ocupan vacíos creados por las omisiones de la prensa oficial. En cuanto a la “diáspora”, en el pasado hubo intentos legítimos, algunos de los cuales sobreviven: *Réplica*, *Areíto*, *Radio Progreso Alternativa* y *Radio Miami*, pero, excepto la revista *Contrapunto*, ninguno se planteó circular o tener vigencia en Cuba y, dado a las “políticas informativas” y el trato dispensado a los actores políticos dentro de la emigración, son virtualmente desconocidos entre nosotros.

Además de los medios de la Iglesia Católica que de alguna manera (a veces muy precaria) han existido siempre, hoy día se conocen los espacios digitales y los *blog* personales, entre los cuales no hay nada que pueda llamarse “un medio de difusión” y que siempre tendrán radios de acción específicos y limitados. En cualquier caso, esos espacios deberán prosperar, y de hecho lo hacen y es importante que se conozcan, se disfruten y se utilicen en una acción social positiva, lo cual es una contribución a la cultura política y la formación de la opinión pública. Contra ello conspira la escasa conectividad, que no siempre es atribuible a elementos materiales y al bloqueo.

Creo que los medios alternativos, de una u otra orientación, tienen derecho a existir y de hecho hoy se multiplican, pero no será por ellos que los problemas en ese sector se resuelvan. Del mismo modo que los cuentapropistas no resolverán los problemas de la economía cubana, tampoco en el área informativa lo hará la prensa alternativa. La tarea corresponde a la “gran prensa cubana”.

Justo Planas. Las prácticas de estos medios no oficiales suelen ser muy parecidas a las de los oficiales en el plano formal. Son absolutistas, parten del criterio de que existe una verdad única, la suya, no matizan. Sobre todo los *blogs* padecen de cierto subjetivismo que los lleva a generalizar (exagerar) hechos bien puntuales que suceden a sus autores. Las publicaciones más serias, como es el caso de *Espacio Laical*, se deben a una institución (así sucede con los medios oficiales) que limita en mayor o menor medida sus acercamientos a la realidad por razones extraperiodísticas. El abordaje de las formas periodísticas, géneros y estilos suele ser igual de esquemático y pobre que en los medios oficiales pues están a cargo de periodistas *amateurs* frecuentemente (y en muchos casos peor).

No pienso que ejerzan una influencia notable en la opinión pública nacional porque en su mayoría se publican en Internet, sus lectores necesitan como mínimo correo electrónico y una computadora donde leerlos. Y el cubano promedio carece de estos recursos. Las publicaciones impresas no

cuentan con la estructura de distribución de la prensa oficial, no pueden comprarse en estanquillos, ni cuentan con suficiente tirada ni suficiente frecuencia, ni con la estabilidad para influir sobre la opinión pública nacional. Eso sí, imagino que varios de estos medios alternativos ejerzan cierta presión sobre los actores políticos cubanos más importantes, que deben leerlos. Pero de manera general, tanto las publicaciones “reformistas” como el fenómeno de los *bloggers*, por muy buenas intenciones que inspiren a algunos de ellos, siguen siendo asuntos periféricos dentro de la realidad mediática nacional.

Aurelio Alonso. Sería mejor comenzar por preguntarnos qué hace oficial o no oficial a un órgano de prensa, dónde y por qué es legítimo (estoy entre los que creo que lo es) la existencia de lo oficial y donde no. En Cuba, hoy, el diario *Granma*, el semanario *Verde Olivo*, o el mensual *Palabra Nueva*, por citar solo tres casos, son la expresión más estricta de oficialidad (del Partido Comunista, de las Fuerzas Armadas y de la Iglesia Católica). La revista *Casa de las Américas* se reconoce como órgano oficial de la institución homónima, en tanto *Espacio laical* se inscribe desde hace poco en el Proyecto del Centro Cultural Padre Félix Varela, lo que se me antoja que la hace tácitamente oficial del mundo eclesiástico, si no lo era ya ¿no es así? Una y otra albergan, sin menoscabo de su carácter oficial, la diversidad, el debate y el disenso. Sin embargo, *Bohemia*, publicación no oficial, se acerca, por su contenido, a las más oficiales de las publicaciones. Hoy el universo digital ha revolucionado la información, lo cual quiere decir, en primer lugar, que fluye en mayor cantidad y variedad de formatos, como el sitio *web*, el *blog*, etc. En segundo lugar, significa que la correlación de lo útil y lo inútil en el caudal informativo también aumenta y se hace más necesario discernir ante el riesgo de terminar aplastados por un mar de banalidades. En tercer lugar, es más libre en tanto se hace más difícil controlar su circulación. Crea sus quimeras y sus farsas. Sin embargo es un mundo donde el oficialismo ocupa un espacio más entre otros miles. Aunque el acceso a Internet es aún muy restringido en Cuba, los órganos de la diáspora se vuelven accesibles a la Isla, y dinamizan con ello el debate en torno a la prensa. Pienso que el primer saldo de este caudal es la competitividad y, en mi opinión, solo puede ser positiva.

6. ¿Cuáles deben ser las garantías legales y materiales para desarrollar una prensa que satisfaga las necesidades de la sociedad y pueda, a su vez, ser controlada por la sociedad? ¿En qué medida podrían generar un impacto positivo?

Esteban Morales. Se va manifestando, haciéndose evidente, que una nueva prensa, que fuera capaz de superar las deficiencias de la actual, debiera tener las características siguientes:

Romper el vínculo estructural que la ata a ser una prensa administrada solo por el aparato ideológico del Partido Comunista de Cuba. Eso puede continuar siendo así para el *Granma*, órgano oficial del Partido, y que solo debería quedar para las cuestiones políticas oficiales. *Juventud Rebelde*, debe ser un periódico dirigido y escrito por jóvenes y con un contenido enfocado hacia ellos. Debe existir otra prensa, tal vez liderada por la Unión de Periodistas y Escritores de Cuba (UPEC), que tengas enfoques diversos y más atractivos, con trabajos de investigación.

La estructura que hasta ahora funciona ya no es conveniente para la prensa en general. Debe permitirse a otros medios que desempeñen un papel más activo e independiente, en el contexto del debate político que vive actualmente el país. Lo que les permitiría participar más abiertamente en ese debate y entrar en asuntos y temas sin comprometer la política oficial del gobierno y el Partido. Lo que al mismo tiempo, les posibilitaría hacer política, nutrirla en su proceso de formulación, ejecución y rectificación, sin comprometer los esquemas propios de la política oficial, que tienden siempre a ser necesariamente más rígidos y duraderos.

Es necesaria la formulación de una Ley de Prensa que garantice a los periodistas el acceso a la información en instalaciones de los organismos; a los funcionarios y dirigentes, la obligatoriedad de brindar información y simultáneamente, la obligación de los periodistas de informar verazmente y no escribir artículos o noticias que promuevan la violencia y la discriminación por ningún motivo. El trabajo político-ideológico se tiene que desenvolver en un contexto diferente. Antes, no existía prensa extranjera en el país, no había acceso alguno a la agencias extranjeras, la radio de onda corta era muy limitada, la televisión solo reflejaba materiales externos de una manera muy tímida, apenas entraba al país bibliografía extranjera, la conexión satelital casi no existía, el contacto por medio del turismo era casi nulo, los viajes al exterior apenas existían, no había Internet ni correo electrónico. Es decir, las posibilidades del ciudadano cubano medio de tener contacto con otras realidades y otras alternativas de información eran casi nulas.

Hoy todo eso ha cambiado y las personas disponen de decenas de alternativas para informarse, incluida la multiplicidad de viajes y contactos personales que el turismo ofrece y que crecerán. A pesar de todo ello, por razones que en el fondo aún son desconocidas, se limita el contacto con Internet, no se sabe dónde está el cable de fibra óptica y solo un por ciento ínfimo de ciudadanos dispone de correo electrónico. No obstante, la dispersión de esa nueva prensa es asombrosa.

El costo de Internet resulta demasiado alto, prohibitivo, para cualquier ciudadano común. Hoy no obstante, resulta imposible impedir que el ciudadano común tenga acceso a una información alternativa a la que el país oficialmente le suministra. Por lo cual, la prensa llamada “oficial” (calificativo que ella misma se buscó) pierde prestigio y credibilidad crecientemente, cuando parte de su trabajo se circunscribe a brindar un tipo de información preseleccionada, sesgada, apologética, precocinada, y se hacen campañas demonizando a Internet, lo que trae como resultado una “reaccionaria y retrógrada oposición” al avance de las nuevas tecnologías. Todo esto tiende a producir un creciente retraso informativo, cultural e intelectual que ya estamos pagando.

No es difícil encontrarnos con cuadros de dirección que demonizan a Internet y al correo electrónico, considerándolos como simples emisarios del capitalismo. No es solo que no usen estas tecnologías, sino que se niegan a aceptarlas y hacen el ridículo ante los ciudadanos por pretender eliminarlas. Actitudes de ese tipo han existido siempre dentro del desarrollo social y a veces han logrado obstaculizar o frenar, pero solo momentáneamente, porque al final, siempre esas posiciones han resultado aplastadas por el incesante devenir de la historia.

Dudo mucho que en el futuro nadie se atreva a repetir el ridículo de desarrollar nuevamente una campaña de demonización como la que recientemente se desplegó por la televisión nacional sobre Internet y las nuevas tecnologías. Que como es de imaginar, no tuvo ningún impacto y a la gente “le entró por un oído y le salió por el otro”. Porque, por suerte, tenemos un pueblo bastante instruido y con un apreciable nivel cultural, al que no se le puede dar “gato por liebre”.

Luis Sexto. El socialismo, ese que aún no hemos edificado y cuyos caminos no están certeramente trazados en el mundo actual, compone una causa legítima de nuestra patria. Al menos, durante medio siglo ha predominado como meta y medio, contando con el apoyo de considerables sectores del pueblo. Sin esa anuencia, habría sido muy difícil sobrevivir a la innegable y nunca disminuida guerra de los sucesivos gobiernos norteamericanos desde 1959, ni sostener la causa de la independencia y la justicia que nos legaron los padres fundadores: el venerable Félix Varela, Céspedes, Martí, Luz y Caballero. Para ellos, la economía sin justicia y equidad nunca sería próspera; para ellos, el pueblo sin cultura y educación como derecho y práctica efectivas nunca sería libre; el país sin independencia nunca sería nación, y una sociedad exclusivista nunca sería la sociedad justa y sin impiedad que ellos concibieron. Por tanto, en esa búsqueda del socialismo mejor, tras el socialismo real fracasado, la

prensa tendría que defender esos valores patrios, siendo instrumento de la conciencia crítica y de la acción política y ciudadana.

Jorge Gómez Barata. Francamente, no creo que la prensa cubana necesite más garantías legales de las que tiene. El problema no es jurídico, sino político, y no es funcional, sino estructural. No hace falta regular los derechos de los periodistas sino equilibrar los del Estado y de la burocracia. No me parece que haga falta una ley de prensa ni un Ministerio de Información; sino leyes y prácticas institucionales transparentes y correctas. Hace años se hizo una pregunta: ¿De quién son los archivos del Ministerio de Economía? ¿Del Ministro o de la sociedad? Y es en nombre de la sociedad que los periodistas procuran la información que se destina al consumo social. Una ley de prensa puede complicar más la situación y crear la ilusión de que por vía judicial algo se resolverá.

Justo Planas. Repito que el sistema de comunicación mediática depende directamente de otras esferas sociales que deben cambiar a la par. No pueden existir garantías legales en la prensa nacional si no existen transformaciones legales en todo ámbito. Sin embargo, por mucho que sea una idea difundida por “los malos”, por los primermundistas, sigo pensando que la prensa debería funcionar como un cuarto poder, independiente de otras instituciones, sin deudas con estas últimas, la prensa debería ser el perro guardián de los intereses del pueblo. Pero como ya no creemos que exista un solo pueblo, compacto y de una sola cabeza, creo que la variedad de publicaciones, con diferentes tendencias políticas, con diferentes intereses noticiosos, estilos... la variedad es ahora mismo el paso más sencillo que puede darse camino a una comunicación más democrática en Cuba.

Aurelio Alonso. Me parece que para definir eso que llamas “garantías legales” falta todavía el paso de dar forma a una concepción de la prensa que se avenga al socialismo que queremos crear, que se centre en el valor de la verdad y tenga como divisa la entronización de un régimen definido y claro de democracia participativa, del cual debe ser parte. Pero le falta también al país avanzar en los presupuestos de este régimen, puesto que los resortes de perfeccionamiento democrático no se muestran tan prestos al cambio como los económicos. Pero pensar en voz alta no siempre es inútil, por lo que diré que a mi parecer lo primero (en lo que puede avanzarse ya) es definir que la oficialidad de los órganos de comunicación se limite a los vínculos explícitos de los mismos y la intencionalidad con que fueron creados. Haciendo la salvedad de aquellos reconocidos como órganos oficiales, la prensa cubana debería funcionar como prensa independiente.

Me permito recordar que hasta 1968 unos de los diarios de mayor prestigio en Cuba fue *El Mundo*, que después de perderse en un incendio provocado por un atentado contrarrevolucionario, nunca se reconstruyó. Tuvo menos suerte que el teatro Amadeo Roldán; no debe haber tenido tan buenos abogados. Cabría pensar que el atentado sirvió para borrar del mapa de la prensa cubana al único diario independiente que recorrió, dentro de la Revolución, aquella primera década. No propongo volver a crearlo (tampoco lo objetaría), pero sí tomar en cuenta que la prensa revolucionaria independiente mostró ya su capacidad de existir y de ser funcional al nuevo proyecto socialista. La prensa que no responda oficialmente a instituciones no tiene por qué padecer que se le restrinjan hoy sus contenidos o sus fronteras. La legislación que regule la prensa debería incluir la garantía del derecho del periodista en la defensa de la verdad tanto como en la defensa del ejercicio libre del criterio dentro de la Revolución.

7. ¿Qué ideales y principios deberían sostener/ordenar/estructurar a la prensa y a la sociedad cubana?

Esteban Morales. El compromiso de la prensa es con la verdad y debe buscarla por todas las vías, sin dejarse llevar por las apariencias, las limitaciones o las presiones ejercidas desde instancias superiores. Debe cumplir un papel educativo tanto en su contenido como en su forma. Pero educar significa informar sobre los problemas y los acontecimientos en la forma en que se suceden, analizarlos correctamente y sin prejuicios políticos ni ideológicos y exponerlos con un lenguaje correcto. Debe además procurar por todos los medios informar sobre los acontecimientos más importantes y aquellos que aunque no son importantes, suscitan interés en la población, tanto en el ámbito nacional como en el internacional.

La prensa tiene que ser una institución de la sociedad civil, administrada y dirigida por los que la hacen: los periodistas. Seleccionados por los mismos colectivos a los que van a dirigir, sobre la base de sus méritos, capacidades, prestigio político, social y capacidad técnico- profesional. Una prensa cuya eficacia sería medida por el nivel con que responde a la cultura del país, sus necesidades informativas, los avances en el uso del instrumental tecnológico y los objetivos de desarrollo de la nación, incluidos los de su defensa, desarrollo económico y social.

La prensa tendría bajo su responsabilidad ser la voz crítica de la sociedad civil y el freno a todos los potenciales excesos que contradijesen el desarrollo económico, social, político y cultural del país. Dentro de un equilibrio democrático, sustentado en un poder elegible, compartido por todos los ciudadanos en igualdad de condiciones. Lo que sería la base de su poder dentro de la sociedad.

Luis Sexto. A mi modo de ver, hay una sola vía: la política, sin importarnos las coyunturas condicionadas por la posición de Estados Unidos frente a la Cuba *que es*. Hago notar, sin embargo, que ignorar la existencia de la hostilidad norteamericana equivaldría a observar con un solo ojo la realidad. Recientemente, en un artículo sobre la llamada Crisis de Octubre o de los Misiles, Noam Chomski citó el criterio del Departamento de Estado sobre si se desataba en 1962 la guerra nuclear o se evitaba: “El peligro principal que confrontamos con Castro es (...) el impacto que tiene la mera existencia de su régimen sobre el movimiento izquierdista en muchos países de América Latina (...) El simple hecho es que Castro representa un desafío exitoso a EE.UU, una negación de nuestra política para todo el hemisferio de casi un siglo y medio”. Ese criterio, aunque antiguo, sigue vigente.

Del lado de Cuba, en tanto no se extingan desviaciones como el autoritarismo y el centralismo excesivo y excesivamente limitador, y nuestras estructuras mantengan espacio para inyectar algún vigor a la mentalidad burocrática, será muy difícil lograr esa prensa regulada desde dentro. Mientras las estructuras sociales y políticas, en vez de facilitar sus funciones críticas, preventivas, educativas, culturales, las estorben quitándoles credibilidad y efectividad a los medios, será muy difícil organizar la prensa que necesitamos. Y dicho sea de paso: hay que diferenciar la prensa que *necesitamos* de la que *queremos*. Este último extremo suele ser un equívoco, porque “querer” exige un sujeto muy condicionado por la voluntad individual.

Jorge Gómez Barata. Los rectores superiores de los medios de difusión y sus directivos deberían comprender que la prensa tiene obligaciones y cometidos múltiples y que si bien debe servir a los objetivos del sistema, también tiene obligaciones con el público a quien no sólo debe educar, sino servir. La información de aquello que interesa a la sociedad, a los diferentes sectores, las localidades y los individuos es un deber y no una concesión de las autoridades.

En mi credo, la prensa cubana debe consagrarse a la defensa del socialismo y ser parte de la lucha de nuestro pueblo por consolidar su independencia y su soberanía y ser consecuentemente antiimperialista. Una buena defensa del socialismo y un antiimperialismo consecuente plantean exigencias de calidad y enfoques que la prensa cubana hoy no cubre.

Además de escrupulosamente honestos, apegados a una verdad que no deforman ni escamotean, los periodistas necesitan independencia de juicio, cosa que se consigue cuando se acepta el derecho a pensar y opinar diferente y, sobre todo, a difundir esas ideas. No son los dueños de periódicos ni los directores, tampoco los cuadros del Partido o del Gobierno, quienes hacen la prensa, sino los periodistas. La prensa cubana puede y debe ser fiel al Partido y al orden estatal socialista, pero no dependiente de ellos, lo cual plantea el problema de su estructura e incluso de su financiamiento.

La independencia de la prensa no llegará porque el sistema haga una concesión, sino cuando quienes lo conducen comprendan que la necesitan para dialogar con la sociedad, conocer lo que ocurre, pulsar la opinión pública y perseguir a los violadores de la ley y el orden y a los que faltan a la moral y a la ética. Al limitar los horizontes de la prensa, la Revolución conspira contra sí misma. Una prensa mediatizada contribuye a la impunidad y hace feliz a los burócratas, a los corruptos y a los autoritarios. Escamotear la verdad, creer que el pueblo no está en condiciones de participar de ciertos procesos, no es una posición revolucionaria, sino todo lo contrario. La transparencia es una necesidad social, una conquista revolucionaria y un derecho.

Justo Planas. José Antonio Benítez en su valioso libro *Técnica periodística*, de, insiste en la integralidad del profesional de la noticia, y lo hace para explicar que los textos periodísticos no pueden contener verdades a media, deben llegar al fondo de los hechos, explorar causas, prever consecuencias. Julio García Luis en su *Géneros de opinión* habla de una crítica no apologética ni machacona sino responsable e incisiva. Miriam Rodríguez Betancourt y Luis Sexto en sus libros defienden siempre que un periodismo con mayor elaboración formal ayudaría notablemente a cambiar la manera en que se siente y se piensa nuestro pueblo. Y sobre todo, Osmar Álvarez Clavel nos deja claro en *El ensayo periodístico* que la comunicación con el lector debería ser menos vertical, el periodista no debe creerse portador de todo el conocimiento, dueño de la única verdad, y propone un periodismo más dialogante que ¡sería tan útil para cortar de raíz esa mentalidad de “tú ordenas y yo ejecuto” con que se enfrentan los cubanos a sus jefes, no importa si dicen sensateces o disparates!

Aurelio Alonso. Para responderte con coherencia, yo diría que si, en el contexto del sistema, se trata de inventar el socialismo del siglo XXI, también hay que pensar en buscar el camino de la prensa que le sea coherente a ese socialismo que solo puede ser democrático, y a esa democracia que solo puede ser socialista. Si los defectos de nuestra prensa son fáciles de definir puede que no sean tan fáciles de resolver, porque liberalizar linealmente, literalmente, en sentido abstracto, nos llevaría de regreso a la prensa burguesa. Me parece que eso sucedió con *Novedades de Moscú* y con *Sputnik* a finales de los años 80 en la entonces Unión Soviética, publicaciones que devinieron rápidamente en portadoras de un aire de demolición desde un liberalismo sin fronteras. Pero tampoco se trata de sentarse a esperar a que los criterios de participación política cambien en las esferas del poder para desprender del cambio corolarios que se puedan aplicar a la prensa. Más bien habría que procurar también que el cambio posible avance dentro de una nueva prensa parejamente al cambio socioeconómico.

8. ¿Por qué vía se podría alcanzar esos objetivos?

Esteban Morales. La prensa cubana debiera acabar de echar por la borda los prejuicios, la desconfianza y la prepotencia que aun acumula y formar fila junto a todo el conglomerado intelectual revolucionario que la sociedad cubana ha logrado crear. Aprovechando sus potencialidades para lograr ofrecerle al ciudadano una lectura veraz, equilibrada, informada, progresista, culta, que despierte el interés por informarse, debatir y por la lectura en general. Al mismo tiempo que ofrezca

un mensaje político creíble, sustancial, realmente educativo, digno del nivel cultural alcanzado por nuestro pueblo.

Consideramos que las vías para lograr una prensa como la que hemos dibujado más arriba, están dadas, existen dentro del proceso de análisis crítico que se va abriendo paso para alcanzar el “cambio de mentalidad”, al que el presidente Raúl Castro nos ha convocado. Y al que solo se están oponiendo algunos burócratas, que incapaces de adaptarse a las nuevas situaciones, sienten que van perdiendo las prerrogativas y privilegios de los que un día gozaron. Todo, a pesar de las fuertes críticas que el Presidente ha realizado a nuestra prensa nacional. A la que pienso no se reacciona solo por sordera, comodidad u oportunismo.

Por eso nuestra prensa debe ser una prensa no administrada, sino liderada, por la verdad, por el mejor y más avanzado pensamiento, donde quiera que este se encuentre. Para eliminar la apología, las falsas esperanzas y la bochornosa actitud de tratar de hacer ver a Cuba como una sociedad perfecta, capaz de satisfacer todas las expectativas. Situación a la que no poco ha contribuido esa misma prensa que hoy debiéramos eliminar de nuestra vida nacional.

Una prensa que sea capaz de insertar al mundo en nuestra realidad y llevar nuestra realidad al mundo. Que dé a conocer a la verdadera Cuba, con sus logros y limitaciones.

Una prensa que sea capaz de transmitir nuestras mejores experiencias y beber en lo mejor de las que no son nuestras.

Una prensa que nos evite las sorpresas desagradables y quedarnos anonadados (que es algo así como caer de ano en el agua cuando nos sorprende algo que debimos haber sabido) y el deslumbramiento ante los falsos valores. Al mismo tiempo que presente un país real, creíble, e incluso, en la medida de lo posible, potencialmente imitable.

Una prensa lo suficientemente preparada, inmersa en nuestra realidad y entendedora de la realidad del mundo, como para que nadie tenga que decirle lo que debe publicar, ni haya quien pueda frenarla cuando se hace necesario informar sobre algo. Que sea capaz de actuar por sí misma de manera eficaz, dentro del mundo en que se debe desenvolver el país. Esa es la prensa que necesitamos, la que defendiendo valiente e inteligentemente los intereses del lugar que le corresponde, sea capaz, al mismo tiempo, de defender los intereses de toda la sociedad cubana.

El próximo congreso de la Unión de Periodistas de Cuba es, en mi opinión, la vía idónea para discutir estos asuntos y formular propuestas concretas al Gobierno y al Partido, para hacer de la prensa un instrumento de mejoramiento de nuestra sociedad.

Jorge Gómez Barata. El problema me parece absolutamente conceptual. Para ser eficaz, la prensa tiene que acoger la diversidad de opiniones y criterios que naturalmente se generan en torno a los grandes temas nacionales e internacionales, actuales e históricos, para lo cual es preciso consagrar el derecho a pensar y opinar diferente. Gústenos o no, en Cuba la prensa es reflejo de un pensamiento único y en el orden de los acontecimientos mundiales se subordina a los intereses más inmediatos de la política exterior; ello ocurre incluso en asuntos irrelevantes y ni siquiera en el deporte y ni en la crítica literaria hacen la excepción.

El socialismo real estuvo plagado de dogmas y mitos, muchos de los cuales se trasladaron a Cuba, donde algunos han sobrevivido y han dado lugar a un fenómeno cultural que actúa como lastre, ancla o retranca, y crea lamentables situaciones prácticas en el ámbito periodístico. Entre otros pudiera mencionarse la sacralización del poder y la consagración de la infalibilidad del liderazgo, incluso en los niveles inferiores de la cadena de mando.

Adicionalmente existen dos elementos relacionados con los aspectos estructurales de la prensa cubana que ningún análisis global debiera ignorar: uno es la cuestión del financiamiento y el otro es cuantitativo. Para un universo de aproximadamente 8 millones de potenciales lectores, Cuba dispone

de dos diarios de circulación nacional (*Granma* y *Juventud Rebelde*), un semanario (*Trabajadores*) y una revista quincenal (*Bohemia*) todos con tiradas mínimas, lo cual es notoriamente insuficiente.

Antes afirmé que la prensa cubana se asemeja a la sociedad, ahora añado que la coyuntura actual es una excepción. En Cuba la estructura social ha comenzado a cambiar y el modelo económico se mueve hacia adelante mientras la prensa no lo hace. En esa área la retórica de hoy es idéntica a la de 30 años atrás y no se conoce ninguna iniciativa para modificar su estado ni para cambiar las estructuras que la condicionan.

Es preciso trabajar y luchar, debatir y criticar, no temerle a la herejía ni a la irreverencia. Nadie puede comer tortilla sin cascar los huevos. Es inevitable correr riesgos. Creo que los periodistas y, sobre todo, los directivos de la prensa cubana deben estar dispuestos a arriesgar el cargo y el crédito. Ser fiel no es lo mismo que ser obediente y para ser leal no se necesita ser súbdito. El concepto de subordinación es un asunto de organigrama que no rige ni siquiera en la gerencia empresarial moderna y no es aplicable a la política y mucho menos a la comunicación social, ámbitos donde no se imparten órdenes sino que se elaboran consensos. Allá nos vemos.

Justo Planas. A una sociedad mejor, una prensa mejor.

Aurelio Alonso. En primer lugar, la prensa no puede esperar a que un órgano de control externo, por encima de ella, le autorice a divulgar una información, o le indique cómo analizar un suceso, o le diga qué puede o no publicar: los órganos designados para dirigirla tendrían que variar sus mecanismos de orientación, sus contenidos, sus estatutos. La UPEC tendría que hacerse igualmente de un estatuto más independiente, revisar sus funciones, mostrarse contestataria con el Partido o con el Estado cuando se limiten los derechos de expresión del periodista, convertirse en una voz discordante donde y cuando no llegue a acuerdo con los órganos de prensa. Los órganos del poder popular debieran acoger tales disensos, y no ceder simplemente su espacio a las justificaciones de las instituciones administrativas, y de la burocracia de los órganos de prensa. El periodismo tendría que hacerse más audaz, comenzar a correr más riesgos. Un periodismo que desafíe la capacidad de respuesta de los funcionarios y dirigentes en temas que atañen a la población no es, por definición, un periodismo de oposición. Y si lo fuera no se le puede combatir eludiendo las respuestas a los problemas, que son casi siempre problemas reales. Cuando los cuestionamientos desde la prensa disgustan a un ministro, la solución no puede ser castigar al periodista. El periodista debe contar con todas las posibilidades (incluidas las legales) de formarse un criterio ante cualquier problema, sea coyuntural o de estructura, y de actuar en correspondencia con el criterio que se ha formado, y a la vez el deber de no ocultar la verdad ni distorsionarla en la defensa de sus posiciones. En Cuba no han sido pocas las ocasiones en las cuales se le ha hecho pagar al periodista por su disenso, o simplemente por desacuerdos.

Cuba: la prensa en la prensa

Por Fernando Ravsberg

Desde 1975 existe en Cuba una relación estructural copiada del modelo soviético en la que se le “asignó al aparato ideológico del Comité Central la dirección centralizada de todos los aspectos relacionados con la prensa, en especial el contenido editorial” (2), según revela el investigador Jorge Gómez Barata, antiguo miembro del Departamento Ideológico del Partido Comunista (DI).

Cada vez que hay un tema políticamente delicado, ese órgano define si se toca, en qué momento y hasta con qué enfoque. Por el número de medios que controla es seguramente uno de los mayores editores del mundo y uno de los más estrictos. Sea cual fuere la importancia de la noticia, si el DI no da el visto bueno esta no aparece en ningún medio del país, sin que influya su trascendencia política, económica, social e incluso humana.

Sin embargo, en la actualidad los medios cubanos no pueden calificarse de partidarios porque desde hace unos años ya no parecen responder a las orientaciones del Partido Comunista, por lo menos no a las emanadas de sus últimos congresos ni a las propuestas por su máxima dirección. La orientación del propio Raúl Castro, Primer Secretario y del PCC, es que los medios “informen de manera oportuna, objetiva, sistemática y transparente sobre (...) los problemas, dificultades, insuficiencias y adversidades que debemos enfrentar; supriman los vacíos informativos y las manifestaciones de secretismo”.

La gente común tampoco aprecia el trabajo de los medios nacionales, algunos creen que mienten y la mayoría sospecha que lo máximo que podrán encontrar en ellos es una parte de la verdad, la que convenga a quienes diseñan sus lineamientos editoriales. La credibilidad que tienen entre la ciudadanía es mínima y la situación empeora día a día debido al acceso de la gente a otras fuentes de información como Internet y las televisoras satelitales.

De vez en cuando aparecen algunos cuestionamientos en la prensa pero rara vez se tratará de crítica por cuenta propia, nunca será una forma de alertar a los políticos sobre los problemas de la sociedad. Por el contrario, la crítica periodística nacional es teledirigida desde el poder, se produce cuando ya los dirigentes entendieron la necesidad de cambiar algo y quieren preparar a la gente para dicha transformación.

Salvo en situaciones de emergencia, como durante los ciclones, la prensa nacional no juega un papel informativo sino propagandístico, destacan los logros de la Revolución mientras omiten mencionar sus fallos y los problemas que enfrenta la sociedad. Cualquiera que sea la importancia del tema -sustitución de primeras figuras de la política, detención de un ministro por corrupción, muerte por hambre de enfermos mentales, un apagón en media Isla o un temblor en Santiago de Cuba- todo deberá esperar hasta que haya una versión oficial de los hechos.

En una reunión de periodistas cubanos con un funcionario del DI, en el año 1990, durante la ocupación de las embajadas, los colegas se quejaban de que mientras a la prensa cubana se le prohibía hablar del tema la población se informaba por Radio Martí y otras estaciones anticastristas de Miami. El funcionario les respondió que para un revolucionario solo hay una verdad, es la del gobierno y la del Partido y mientras ellos no se expresen esa verdad no existe. Siempre menciono esta anécdota porque creo que transparenta, como ninguna otra, el pensamiento de quienes dirigen la prensa cubana.

Las nuevas tecnologías y el acceso a la TV satelital, sumados a la amplificación de Radio Bemba, han roto el monopolio del DI sobre la información que reciben los cubanos y ya sus intentos de silenciar a los periodistas solo sirven para que los medios nacionales queden al descubierto, perdiendo aún más credibilidad en el vano intento de ocultar la realidad con un dedo.

Nadie ha beneficiado tanto a la prensa del exilio como este mecanismo de camisa de fuerza que frena a los periodistas cubanos a la hora de informar a tiempo sobre hechos políticamente espinosos. Un esquema lento incluso en situaciones perfectamente previsibles: tardaron días en elaborar una respuesta a la liberación de Luis Posada Carriles, algo que se sabía que iba a suceder desde meses antes.

Internet

Las nuevas tecnologías abren la posibilidad de una sana interactividad entre los periodistas y su público, que convierte el proceso comunicacional en una carretera de dos vías. Tratándose de medios nacionales puede crearse una red a través de la cual los lectores den sus opiniones, planteen sus críticas y expongan sus apreciaciones sobre los temas tratados. A los periodistas se nos multiplica el acceso a puntos de vista que nos hacen ver las cosas desde diferentes ángulos y nos reorientan la mira hacia nuevos objetivos.

El gobierno ha dado un paso trascendental al convertir el acceso a Internet en un derecho legal del ciudadano. Surgen en el país un grupo de *blogs* que abarcan todo el espectro político nacional, desde el más furibundo anticastrismo, para el que todo lo que sucede en Cuba es negativo, hasta defensores a ultranza del gobierno, que justifican lo injustificable.

Sin embargo, en el centro de este espectro habían aparecido páginas que mostraban la realidad cubana de forma más equilibrada, como *La Joven Cuba*, de la Universidad de Matanzas, o *La Polémica Digital*, de una profesora de la Facultad de Periodismo de la Universidad La Habana. Conocí personalmente a los autores de ambos blogs y me parecieron jóvenes progresistas y críticos, con la capacidad de pensar por sí mismos y el valor para expresarlo sin pedir permiso.

Rápidamente estos espacios se convirtieron en blanco de los dos extremos y terminaron pereciendo bajo “fuego amigo” y el silencio; no se les permitió ni el derecho al pataleo. Aún sobreviven otros *blogs* interesantes pero evito de exprofeso mencionarlos en este texto para no convertirlos en los próximos objetivos de quienes pretenden “ahogar” todo lo que no puedan controlar.

A la par se potencian las páginas *web* de los incondicionales, esos que siempre están prestos a actuar por encargo contra cualquiera, incluso cuando implica difamar a importantes intelectuales cubanos y acusarlos de ser agentes de la CIA, siguiendo aquella máxima de “miente, miente que algo siempre quedará”. Curiosamente, estas páginas no se cierran ni se “suicidan” como les ocurren a otros sitios mucho más éticos.

Lo cierto es que frente a Cuba se eleva una enorme pared de páginas *web*, *blogs*, etc. que hacen del anticastrismo su razón de ser. Paradójicamente, y como contrapartida, en el interior de la Isla se produce un “desarme unilateral” y se elimina de la blogosfera a los que defienden la Revolución con mayor lucidez. Tratar de controlar la red es como intentar apretar el agua con la mano.

El presidente del Festival del Nuevo Cine Latinoamericano, Alfredo Guevara, parece haberlo comprendido: “Cuando empezaron a surgir los *blogs*, lo dije, pero inútilmente -yo creo que ahora es que empiezan a comprender lentamente-, si surgen 4 *blogs* contra nosotros, vamos a ser 40 a favor, vamos a hacer 40 aquí, 40 allá. Vamos a llenar el ciberespacio de ideas, pero que no sean las mismas: la repetición es la muerte” (1).

La política informativa

Muchos critican la política informativa de Cuba pero yo creo que en realidad no existe. Si existiese los periodistas cubanos que trabajan en los medios oficiales podrían aplicarla sin necesidad de esperar la directriz superior sobre cada evento. Serían más autónomos, publicarían mucho más rápido y las respuestas de cada medio tendrían matices y enfoques diferentes.

Explica Jorge Gómez Barata que “la dirección vertical, centralizada y a la larga burocrática, aplicada en la economía, se reprodujo en los espacios ideológicos, culturales y políticos, en particular en la prensa” (2). Dicho a lo cubano: los directores de los medios “esperan la señal de arriba” cada vez que hay un tema delicado. Nadie se atreve a publicar hasta tanto el DI no se pronuncie. Una actitud muy prudente teniendo en cuenta que ellos son designados y sustituidos por esa estructura partidaria.

El asunto es más grave porque el DI no fue capaz de convertirse en un elemento orientador a pesar de que inicialmente se llamó Departamento de Orientación Revolucionaria (DOR). Eso hubiera implicado la creación de una política informativa que contemple los diferentes aspectos de la realidad nacional e internacional y sirviera como guía de trabajo para los periodistas.

No hubiera sido tampoco la mejor solución, pero sería un procedimiento más ágil y eficiente que el actual, donde cada tema espinoso requiere un debate especial para definir qué se hace, retrasando enormemente el tiempo de publicación. El corto *Brainstorm* (3) muestra con mucho humor cubano esa relación entre los directores y una misteriosa estructura superior a la que ni siquiera se atreven a mencionar por su nombre.

Podríamos preguntarnos entonces si debería haber una política informativa y a quién le tocaría elaborarla. Yo creo que la sociedad cubana tiene la posibilidad de convertir los medios propagandísticos en informativos y públicos. En ese caso lo que realmente necesitaría la sociedad es una ley de prensa que regule la actividad de los medios. Incluso marxistas como el periodista y oficial de la contrainteligencia cubana David Orrio sostienen que “Cuba necesita urgentemente de una Ley de Prensa o de Medios de Comunicación que norme efectivamente deberes y derechos de todos los involucrados en lo que Don Orestes llama el universo de InfoCom, sobre la base de un principio leninista: la prensa sólo responde ante los tribunales”. (4).

La lealtad

Quienes defienden la actual prensa cubana argumentan que lo hacen para proteger la Revolución, la patria y el socialismo de los ataques del imperio. Aseguran que combaten las mentiras y las campañas ideológicas contra Cuba, sosteniendo que son una pequeña guerrilla enfrentada al poderoso ejército de los grandes medios de difusión. Incluso algunos periodistas cubanos -cada vez menos- defienden este orden de cosas argumentando esas mismas lealtades y fidelidades. Sin embargo, si ese periodismo es criticado por el Congreso del PCC, por su máximo dirigente y por el pueblo cubano, entonces ¿a qué están siendo fieles? Es una pregunta que ya se hacen muchos colegas jóvenes y también otros cercanos a la jubilación que quieren dejar un legado diferente. Ciertamente ocultar el crimen del Hospital Psiquiátrico de Mazorra no contribuyó en nada a evitar la campaña exterior sobre el tema; por el contrario, dejó el campo libre a quienes quieren aprovechar el hecho para cuestionar toda la Salud Pública cubana. E internamente el manto de silencio no demostró lealtad a la Revolución, sino a los criminales directos y a los negligentes que, desde sus puestos de dirección, no fueron capaces de evitar el robo de los alimentos y las frazadas.

Es verdad que existe una guerra informativa desde Estados Unidos, las transmisiones radiales y televisivas, las campañas a través de Internet y el contrabando de medios técnicos de comunicación, financiado todo por Washington demuestran que esa batalla no es un invento cubano. Y no tiene solo consecuencias “ideológicas”, pues hace unos años declaraciones manipuladas en esas transmisiones de radio provocaron el ingreso por la fuerza de un grupo de personas a la embajada de México.

Pero aceptando que tal guerra existe, la pregunta que se hacen algunos colegas es si la mejor respuesta es esconderse en las trincheras, dejando todo el campo de batalla al adversario, y asomar la cabeza un mes o un año después para gimotear que “nos atacan”. Un veterano periodista cubano, Hugo Rius, lo definía de manera genial usando términos boxísticos: “estoy cansado de perder las peleas por no presentación, porque no me dejan subir al ring”.

Lo cierto es que cuando se castiga a periodistas o se cierran *blogs* no es porque estos “trabajen para el imperio”, de hecho los sitios de Internet financiados con dinero de Estados Unidos son intocables. La realidad es que cuando se quiere castigar a Esteban Morales o se cierra el blog *La Joven Cuba* no es porque estos representen los intereses del enemigo sino porque afectan los intereses

de los amigos, de funcionarios venales o ineptos, cuya mejor protección, en estos tiempos de lucha contra la corrupción, es mantenerse en las sombras.

En un artículo sobre la prensa cubana, explicaba el intelectual Guillermo Rodríguez Rivera que “la burocracia que se opone a los cambios hará todo lo que pueda para evitar que nuestros medios informativos participen de ese cambio. Y los que temen por la seguridad de su cargo, tratarán de no arriesgarse. La burocracia tiene muchas maneras para coartar, atemorizar, retardar lo que no quiere que ocurra” (5).

El saldo

El resultado de semejante estructura de prensa es justamente que los funcionarios corruptos y los ineficientes pueden evitar el escrutinio público de sus actividades, pues no tienen que responder ante el pueblo por sus delitos o por sus errores. Es cierto que de todas formas se arriesgan a caer en manos de la Contraloría pero, por muy eficiente que esta sea, sin lugar a dudas 11 millones de pares de ojos ven mucho más.

Afecta también al proceso democrático porque la gente no puede juzgar a sus propios dirigentes y de poco sirve tener un sistema de revocación si no se conoce que hacen y cómo actúan los funcionarios. La única versión sobre las actividades gubernamentales viene del propio gobierno, con lo que se convierte en juez y parte. Uno de los jóvenes de la Universidad de las Ciencias Informáticas que puso contra la pared al presidente del Parlamento, Ricardo Alarcón, le exigía conocer los planes de cada sector del gobierno, los plazos y los incumplimientos, para poderse ejercer un verdadero poder popular.

Así las cosas, el pueblo cubano vive una situación extraordinaria, está abundantemente informado sobre el acontecer internacional y apenas conoce su propia realidad. En la Isla cualquiera sabe el número exacto de parados de España, pero nadie tiene ni idea del número de despedidos por las empresas estatales cubanas. Cada asesinato en escuelas de Estados Unidos es informado al detalle, pero se desconocen las estadísticas de suicidios en Cuba o las del maltrato de género.

La transformación

El país entero está inmerso en un proceso de cambio, que va acompañado por la elaboración de leyes que lo respaldan. Creo que también las transformaciones en la prensa deberían ser apuntaladas por un marco legal que regule la actividad de los medios y de los periodistas. Se trata de acompañar al resto de la nación tomando la senda de las leyes y dejando atrás la sociedad de las estructuras, los mecanismos, las resoluciones y las circulares.

La tarea puede parecer enorme si se pretende reinventar el fuego, pero lo cierto es que hay excelentes experiencias anteriores que pueden servir de base para la creación de medios públicos y de la ley que los regule. Existe un camino recorrido ya en Europa y en Norteamérica, pero también hay que tener muy presente nuestra región. En Argentina, por ejemplo, acaban de elaborar una completísima legislación de prensa.

En ocasiones, cuando se habla de una ley de medios de comunicación se piensa en una estructura legal para la defensa a ultranza de los periodistas o en un corsé para maniatarlos. Sin embargo, habría que pensarlo más como un andamiaje de derechos y deberes que regule la relación entre los medios y la sociedad. Sin duda, el periodista debe estar protegido para realizar sus funciones pero esta cobertura legal no puede convertirse en una “patente de corso”; también él deberá rendir cuentas cuando no actúe con la ética o la profesionalidad requerida.

¿Hacia dónde ir?

Yo soy un defensor de los medios públicos porque son los que permiten un mejor ejercicio de la profesión, tienen mayor capacidad para responder al interés general de una nación y se basan en regulaciones ético-profesionales preestablecidas. La propia Constitución de la República, en el artículo 53, permitiría dar ese paso cuando afirma que los medios de prensa pueden ser de propiedad social. Los privados, los gubernamentales y los institucionales tienen en su línea editorial el peso del propietario, de los políticos de turno o de sus líderes, cuyos intereses normalmente están por encima de cualquier criterio profesional, por lo que la libertad editorial se estrecha dramáticamente.

No se trata de excluir a *Granma* o a *Espacio Laical*, tanto el PCC como la Iglesia Católica tienen derecho a poseer sus medios, pero de antemano sabemos que nunca aparecerá en ellos una crítica al Primer Secretario ni a Su Santidad. No es problema que existan si la sociedad cuenta también con medios públicos que difundan opiniones contrarias a las leyes que aprueba el gobierno o reportajes equilibrados sobre el aborto y el matrimonio entre homosexuales. Creo que los medios públicos deben regirse por el principio inviolable e inolvidable de que los periodistas somos empleados de la población, que es la gente común con sus impuestos la que paga nuestros salarios para obtener a cambio información veraz, profunda, equilibrada, amena y oportuna.

En su más reciente conferencia, asegura el intelectual cubano Aurelio Alonso que “el derrumbe del socialismo soviético se debió, sobre todo, al fracaso en generar una cultura democrática participativa, sin la cual la institucionalidad política se convierte en un andamiaje sin contenido” (6).

Pero para generar esa participación democrática es imprescindible que la población esté informada, como única forma de poder analizar, decidir y optar por lo que mejor convenga a sus intereses particulares, que en suma representarán los intereses de la nación. Sin acceso a la información nunca se podrá hablar seriamente de democracia.

El equilibrio

Dada las características de Cuba, para dar semejante salto es necesario ante todo la voluntad política de la dirección del país. Hay quienes creen aún que “abrir la prensa” puede crear un caos incontrolable que ponga en tela de juicio los soportes de la nación. Es verdad, ese riesgo existe, pero también podría convertirse en un trampolín para impulsar los cambios que pide la sociedad.

La necesidad de una ley de prensa se basa justamente en evitar que el péndulo se vaya al otro extremo y promueva un hipercriticismo irreflexivo, acusaciones infundadas o riesgos para la seguridad de la nación, lo cual no sería raro teniendo en cuenta la tendencia a quedarse corto o pasarse que el general Máximo Gómez observó en los cubanos. También estipularía reglas éticas y profesionales claras para un mundo periodístico con muy poca experiencia en el ejercicio de la crítica.

Pero no se puede hacer una tortilla sin romper huevos. Para que la prensa cubana cambie no bastará con cuestionarla en discursos públicos ni con elaborar una ley, será imprescindible desmontar las estructuras de la era soviética creadas para tener un control total de cada palabra que aparece en los medios. Hay que terminar con el miedo a ser estigmatizado como contrarrevolucionario por la más mínima crítica que se exprese, con las sanciones “a pedido de los dirigentes” e incluso con las amenazas más o menos veladas como las que denunciaba el escritor y periodista Leonardo Padura en una reciente entrevista.

Ninguno de esos medios de coerción debería ser necesario cuando la gran mayoría de los periodistas cubanos y todos los directores de los medios son miembros del PCC o de la Juventud Comunista. Parece excesivo mantener además un aparato partidario y paralelo, de censura, sobre

todo tratándose de uno cuyo funcionamiento burocrático lentifica los medios, convirtiéndolos en ineficientes a fuerza de hablar a deshora o guardar silencio.

Alfredo Guevara les decía a los estudiantes de la Universidad de La Habana que para lograr tener noticieros como el del ICAIC “tendrían que tener un Santiago Álvarez, pero Santiagos Álvarez hay potencialmente, a lo mejor hay algunos entre ustedes. Pero para que ese Santiago Álvarez llegue a poder hacer noticieros tienen que desaparecer todos los estúpidos, todos los imbéciles y todos los ignorantes que ocupan hoy cargos. Hay que luchar por eso” (1).

Reafirma ese criterio Rodríguez Rivera cuando asegura que “cometen una gran injusticia (...) los que juzgan a los periodistas como cómplices del silencio que hace la prensa ante muchas realidades negativas. La autocensura es casi siempre la consecuencia de la censura. Cuando a un periodista le rechazan continuamente sus artículos críticos, termina por aprenderse la lección: la dirección del periódico no quiere que se hagan esas valoraciones, así que lo mejor es ni escribirlas” (5).

Pero también los periodistas cubanos pueden adoptar una actitud diferente, una posición más activa en favor de construir una prensa que responda a las necesidades de la nación. Es necesario aprender a decir “NO” y aguantar después el temporal. El periodismo es un oficio que, cuando se hace bien, viene acompañado de problemas, choques e incomprendiones, y quien pretenda una vida apacible debe buscar otra actividad laboral.

Desde que se anunció el Congreso de la Unión de Periodistas (UPEC), las principales reuniones han contado con la presencia del Departamento Ideológico, como un Gran Hermano presto a “orientarlos”. Sin embargo, muchos colegas cubanos ya han alcanzado la mayoría de edad y quieren hacer un periodismo diferente, acorde al tiempo histórico que vive la nación, para lo cual cuentan con el apoyo expreso del presidente de la República y de la mayoría del pueblo.

El reto es dejar de ser una prensa ciega-muda-sorda y “subirse al ring” para combatir la corrupción y otros males internos y externos que ponen en peligro la existencia misma de la nación. Puede que para algunos periodistas la osadía tenga un costo, pero las represalias son medallas cuando se ganan defendiendo el interés colectivo. Enseñaba José Martí que el periodismo “debe desobedecer los apetitos del bien personal y atender imparcialmente al bien público”.

Notas de Ravensberg.

(1) <https://lajovencuba.wordpress.com/2010/06/08/alfredo-guevara-%E2%80%9Cun-periodista-que-no-milite-en-lo-que-quiera-no-podra-ser-jamas-buen-periodista%E2%80%9D/>

(5) <http://segundacita.blogspot.com/2011/10/sobre-la-prensa-en-cuba.html>

(2) <http://www.cubano1erplano.com/2012/09/prensa-cubana-fuenteovejuna.html>

(4) <http://www.kaosenlared.net/america-latina/item/31855-dialogando-con-manuel-david-orrio-la-prensa-cubana-o-%E2%80%9Cfr%C3%ADa-se-la-toma-cualquiera.html>

(3) <http://www.youtube.com/watch?v=qMqkHXQBOW>

(6) <http://cartasdesdecuba.com/conferencia-de-aurelio-alonso/>